

César Rengifo
La esquina del miedo
La sonata del alba

Serie Obras Urbanas II



Alcaldía
de Caracas

Fondo Editorial Fundarte



CÉSAR RENGIFO

Nació en Caracas el 14 de mayo de 1915. Escritor, artista plástico, periodista. Estudió en la Academia de Bellas Artes de Caracas entre 1930 y 1935. En 1937 vivió en México y tuvo contacto directo con el movimiento muralista mexicano. De regreso a Venezuela en 1938, se involucró en las luchas políticas, afiliado al Partido Comunista. Reportero, redactor y coordinador de páginas culturales, formó parte del equipo fundador del diario *Últimas Noticias* en 1941. En 1953 fue fundador del grupo teatral «Máscaras», dedicándose por entero a la dramaturgia y la puesta en escena. Paralelamente, su actividad pictórica le valió galardones en los salones de arte de la época, y el Premio Nacional de Pintura en 1954. Entre 1954 y 1955 ejecutó su famoso mural dedicado al héroe mítico caribe Amalivaca en el Centro Simón Bolívar. Fue Director de Extensión Cultural de la Universidad de Los Andes de Mérida entre 1958 y 1960. Desde 1959 concurrió con sus obras al Festival de Teatro Venezolano, obteniendo varios premios. En 1980 se le otorgó el Premio Nacional de Teatro, poco antes de fallecer, el 2 de noviembre, en Caracas.



La esquina del miedo
La sonata del alba

Editorial Rueda

LA ESQUINA DEL MIEDO

de *Alfred Hitchcock*

LA SONATA DEL ALBA

de *Alfred Hitchcock*



Editorial Rueda, S.A. - Madrid

César Rengifo

LA ESQUINA DEL MIEDO

Pieza teatral en un acto

LA SONATA DEL ALBA

Drama de un acto



Colección Biblioteca César Rengifo

2ª Edición. Fundarte 2015

Colección Biblioteca César Rengifo - N° 4

© Fundación para la Cultura y las Artes, FUNDARTE 2015

La esquina del miedo / La sonata del alba

CÉSAR RENGIFO

Imagen de portada

Título: *Paisaje con perro*

Autor: César Rengifo

Técnica: Óleo sobre tela

Año: 1978

Dimensiones: 60,5x50,5 cm

Colección familia Rengifo

Al cuidado de: HÉCTOR A. GONZÁLEZ V.

Diseño y concepto gráfico general: DAVID J. ARNEAUD G.

Hecho el Depósito de Ley

Depósito Legal: N° If23401080022413

ISBN: 978-980-253-450-0

FUNDARTE. Av. Lecuna. Edif. Tajamar. PH

Zona Postal 1010, Distrito Capital, Caracas-Venezuela

Telfax: (58-212) 5778343 - 5710320

Gerencia de Publicaciones y Ediciones



COLECCIÓN BIBLIOTECA CÉSAR RENGIFO

La permanente obsesión artística de César Rengifo (1915-1980) fue la de captar, representar o expresar lo que él concebía como la esencia de la venezolanidad. Integrante de una generación que cobró conciencia en medio de las luchas contra el gomecismo, Rengifo hizo suya la misión de resaltar o, en su defecto, encarnar, la manifestación de un espíritu nacional.

Esa esencia o espíritu propiamente venezolano aparecía a sus ojos impregnado del sufrimiento humano y de la injusticia social que caracterizaron la Venezuela del siglo xx que le tocó presenciar, y de los cuales quiso asumir una incansable denuncia con los medios expresivos que le parecieron, en su momento y en sus circunstancias, los más genuinos y auténticos.

Fue quizás el primero en plantearse con total firmeza la noción del arte como compromiso social, tal como entró en vigencia en las discusiones de los movimientos revolucionarios posteriores a la Segunda Guerra Mundial, a la vez que se insertaba en la tradición del nacionalismo histórico representado, entre otros, por Mario Briceño Iragorry, a quien Rengifo admiró, ahora replanteado desde el materialismo histórico como postura anticapitalista y antiimperialista.

Creador polifacético, formado durante años en la Academia de Bellas Artes de Venezuela y en contacto con el movimiento muralista mexicano, su legado más prolífico y consistente se halla en su obra teatral, por la que ha sido considerado como el iniciador de la dramaturgia contemporánea venezolana.

El teatro de César Rengifo, que comprende cerca de cincuenta piezas, ha sido clasificado como abarcando cuatro grandes ámbitos: el histórico (con obras como *Lo que dejó la tempestad* y *Oscéneba*); el político (con *¿Por qué canta el pueblo?* o *Muros en la madrugada*); el social (con *La fiesta de los moribundos*, *La esquina del miedo* o *La sonata del alba*) y el psicológico (con *Yuma o cuando la tierra esté verde* o *En mayo florecen los apamates*).

LA ESQUINA DEL MIEDO

Pieza teatral en un acto

Personajes:

MUCHACHO I: 12 años.

CURA: Edad indefinida.

Desconocidos

Herido

MUJER I: 30 años.

JEFE: 50 años.

MUJER II: 40 años.

MUJER III: 20 años.

MUCHACHO II: 14 años.

Voces diversas

Objetos

Acción:

La acción transcurre en un pequeño pueblo del interior venezolano, situado al margen de la carretera de penetración recién abierta y que no es frecuentada. La pieza, en casi su totalidad, debe desarrollarse dentro de una atmósfera oscura. Objetos, personajes o lugares se iluminarán aislados, determinando por sí mismos la situación escénica.

Escenario:

Al fondo, la fachada de una hilera de casas dispuestas en forma irregular, tienen sólo puertas pequeñas y rectangulares. La fachada de la casa del medio es más alta que las otras y culmina con una cruz rústica. A la derecha una pequeña pared avanza un poco hacia el foro y corta en triángulo. Siguiendo su línea y más adelante, un farol o poste con el bombillo apagado. A la izquierda una Motorola, o rockola, equidistantes de ella, dos vanos de puertas. Cerca de la Motorola y las puertas, una silla de cuero. A conveniente distancia de la puerta central dos mecedores de esterilla.



Al comenzar la acción, son las cuatro de la mañana de un día cualquiera de la época presente. En escena, frente a la puerta de la fachada central más alta que culmina con la cruz, se encuentran el Muchacho I y el Cura.

MUCHACHO I: Le digo exactamente lo que vi. Ocurrió hace poco.

CURA: Son las cuatro de la madrugada. ¿Te das cuenta? Llamar a esta hora a la iglesia no es natural.

MUCHACHO I: Corrí buscando a quién decírselo y pensé en usted, señor cura.

CURA: No entendí bien lo que me dijiste antes. Nombreste un camión, ¿viste su placa?

MUCHACHO I: Todo fue tan rápido que no me fijé.

CURA: Vuelve a explicarme bien. Oigo mal de este oído. ¿Por qué andas solo a estas horas?

MUCHACHO I: Le hablaré recio (*Casi grita*); Venía de mi caserío a buscar un remedio en este pueblo; mi mamá está enferma... Al llegar a la primera esquina, allá abajo...!

(Oscuro sobre el Muchacho I y el Cura. La esquina del lateral derecho y el farol se iluminan débilmente, al mismo tiempo una cenital cae sobre la rockola. Hacia la esquina se oye el ruido de un camión en marcha, luego un frenazo, el camión se detiene atrás. Suenan sus puertas. Alguien se deja caer desde la plataforma trasera. Segundos después aparecen en la esquina dos hombres trayendo el cuerpo de otro, amarrado, al parecer inconsciente. Tras ellos, otro con una cachiporra golpea al sujeto amarrado. Al llegar junto al farol, entre los tres, tratan de incorporar al hombre amarrado. El de la cachiporra saca

la cuerda. Por uno de los vanos de las puertas del lateral izquierdo sale una mujer vestida como prostituta de pueblo, se dirige a la rockola, le coloca una moneda y la acciona, comienza a sonar una música estridente, moderna, la mujer comienza a bailar sola. Entre tanto, los hombres tratan de colocar la cuerda en lo alto del farol con intenciones de ahorcar al individuo amarrado, varias veces intentan colocar la cuerda sin lograrlo. Se oye un silbido. Por el foro, en el lateral derecho, aparece el Muchacho I. Silba una tonada popular y juega con un pequeño palo, golpeándose una mano. Ve al grupo, calla y se mueve con sigilo. Los desconocidos, al oír el silbido, se apresuran a recoger la cuerda, dejan en el suelo al hombre amarrado y con premura huyen hacia el camión. Segundos después se oye al vehículo ponerse en marcha aceleradamente. El muchacho va rápido hasta el hombre yacente, lo mira y luego trata, desde la esquina, de ver el camión que ha huido. Regresa hasta el hombre y lo observa, impresionado, con cuidado, lo palpa)

MUCHACHO I: ¿Qué ocurrió? ¿Quiénes eran esos? (El Herido no responde, sólo se queja débilmente) ¡¿Cómo te llamas?! ¡¿No puedes hablar?! ¡Oye! Te sale mucha sangre; tienes varias heridas... (El Herido sigue inerte) Puedes morirte. ¡Avisaré en el pueblo para que vengan!

(Corre. Oscuro. Cenital sobre la escena anterior. Débil iluminación sobre el resto del escenario.)

CURA: En el pueblo hay jefatura, has podido tocar allí.

MUCHACHO I: No hay necesidad... Tuve suerte de encontrarlo a usted. ¿Irá a ver?

CURA: No debo ser el primero en presentarme en ese lugar. Se pensará que estoy tomando atribuciones que no me corresponden.

MUCHACHO I: Usted es el cura.

CURA: Pero no el resuélvelo todo y el entrometido. Por algo fui reconvenido fuertemente por mi superior.

MUCHACHO I: Es algo grave.

CURA: Debe ser. Te aconsejo que toques en la casa del médico. Él sabrá qué hacer en este caso.
(Suenan unas campanas)

MUCHACHO I: ¡Debería ir usted!

CURA: Después lo haré. Ahora tengo que prepararlo todo para la primera misa. No tengo sacristán y el monaguillo está enfermo.

MUCHACHO I: Hay que averiguar por qué lo hirieron y lo dejaron allí.

CURA: Embriaguez... Riña... Robo... El mundo anda mal. Ve donde el médico y que Dios te acompañe.

(El Cura va adentro. El muchacho toca en otras puertas. Nadie responde. Oscuro. En el vano de una de las puertas, cerca de la rockola, se ilumina

la Mujer I. Viste traje de colores chillones. Su pelo está teñido y luce un maquillaje estridente. La mujer tiene una botella de ron en la mano izquierda. Sus movimientos no son muy seguros. Cerca de ella llega el Muchacho I)

MUJER I: ¿Quién te dijo que podías hallar a ese hijo de la mierda? Perdón... ¿A esa ilustre autoridad?

MUCHACHO I: Un hombre a quien hallé en la calle de abajo.

MUJER I: ¿Sabes qué casa es esta?

MUCHACHO I: La número seis.

MUJER I: Claro que es la número seis. Pero es algo más. *(Ríe)* Te lo voy a decir porque eres casi un hombrecito y debes ir sabiéndolo: es la casa mala del pueblo. *(Grita)* ¡El burdel! ¿Sabes qué es eso? *(El muchacho niega con la cabeza)* ¡Ay! ¡Ya los sabrás! Yo soy administradora. Como quien dice, la jefe. ¡Je... je...!

MUCHACHO I: ¿Entonces, no está aquí ese señor?

MUJER I: ¡No! ¡Te lo dije! Ese gordo grasiento va a otra más reservada; viene aquí solamente cuando está borracho. *(Saca de su corpiño una tarjeta y muestra al muchacho)* ¿Sabes qué es esto?

MUCHACHO I: No

MUJER I: Es un carnet. Una tarjeta que me da permiso para algo que la gente dice que es feo... Ja, ja, ja... Mírala bien. Es como decir, mi título. El

jefe la extiende, la firma y nos cobra. Cada mes debemos renovarla. Yo no quedé bien en la foto. El jefe dice que esa no soy yo... Ah, pero dime, ¿para qué buscas a esa porquería?

MUCHACHO I: Hay un hombre herido en la primera esquina del pueblo.

MUJER I: ¡Ay! ¡Un herido! ¿Quién lo hirió? ¡¿Cómo fue?! ¿Es joven?

MUCHACHO I: No sé nada. ¡Deben auxiliarlo!

MUJER I: Por supuesto. No se puede dejar morir. Aguarda un momento y voy hasta allá. (*Habla hacia sus espaldas, recio*) ¡Hay un herido a la entrada del pueblo! ¡Iré a ver! (*Al Muchacho I*) ¿El herido habla?

MUCHACHO I: ¡Está privado!

MUJER I: Lo volveremos en sí con un trago de ron, lo he hecho otras veces con gente que no hablaba y santa palabra. (*Grita hacia atrás nuevamente*) ¡Cuiden ahí! ¡Ya regreso!

(*Se oyen voces confusas, sale la Mujer II, su atuendo es similar al de la Mujer I*)

MUJER II: Mira, Guacharaca, no debes irte, aún pueden venir clientes!

MUJER I: ¡Qué van a venir! ¡Ya está amaneciendo! Además, no me friegues, es un herido. ¡Quiero verlo!

MUJER II: ¡Te vas a meter en vainas!

MUJER I: ¿Qué importa? ¡Voy donde me da la gana!
(Desde adentro se oye una voz)

Voz: ¡Guacharaca, ocúpate de tus asuntos y deja de ponerte histérica! ¡Aquí pueden desaparecer cosas, y tú respondes!

MUJER I: ¡Qué porquería! ¡Es un herido!

MUJER II: ¿Y qué te importa a ti, Guacharaca?

MUCHACHO I: (A la Mujer I) Según lo vi parece que se está muriendo.

MUJER II: ¿Muriendo? (Muchacho I afirma con la cabeza.)

MUJER I: (A la Mujer II) ¿Te das cuenta? ¡Se está muriendo! (Al Muchacho I) ¿Cómo se llama el tipo?

MUCHACHO I: (Insistente) ¡No lo sé! Sangra bastante y tiene las manos y los pies amarrados.

MUJER I: ¡Mierda! Es un crimen. ¡Parece un crimen!
(Gira hacia adentro) ¡Es un crimen, ¿oyeron?!
¡Ya los crímenes están llegando a este pueblo!
¡Qué emocionante! (A la Mujer II) Ya lo dijo el viejo Eufrasio: en cuanto abran la carretera vamos a comenzar a ver vainas raras. Ésta es la primera. Voy a llevar la cuenta. (Al Muchacho I) Aguarda que busque mi cartera y vamos. (Hace un gesto de ir hacia adentro, la voz de la Mujer II la detiene)

MUJER II: ¡Déjate de andar buscando líos para que te compliquen y hasta te encarcelen! (*Grita hacia adentro*) ¡Esta mujer quiere complicarse!

(*Desde adentro vuelve a gritar la Voz*)

VOZ: ¡Guacharaca, recuerda que estás muy fea para que un rico te saque!

MUJER I: (*Hacia adentro*) ¡Tu madre!

MUJER II: ¡Ja, ja, ja! ¡Piénsalo bien Guacharaca! ¡No sea que te jodas!

MUJER I: (*Al Muchacho I*) ¿Quién más ha ido a verlo?

MUCHACHO I: ¡Nadie! ¡Usted será la primera!

MUJER I: ¡¿Así es la cosa?! ¡Mira, nené, ¿tú me crees pendeja? ¡Ni de vaina! ¿Sabes cómo es la cosa? ¡Anda buscando a otra para que te acompañe! Voy adentro, me han dado unas ganas inmensas de orinar.

(*Desaparece por el vano de la derecha. Por el vano de la izquierda aparece la Mujer III*)

MUJER III: (*Ríe escandalosamente*) ¡Ja, ja , ja! ¡La Guacharaca se rajó! ¡Ja, ja, ja!

MUJER II: (*Poniendo a funcionar la rockola*) Por fin aprendió que las putas no debemos meternos en lo que hace la otra gente... ¡Los pendejos siempre pierden...! (*Al Muchacho I*) ¡Mejor es que toques en otra parte!

(La rockola comienza a sonar y ella y la Mujer I bailan cada una por su lado. El Muchacho I hace un gesto de entender y se va. Oscuro. La música se desvanece a medida que se iluminan los dos mecedores. Uno está quieto, el otro se mece levemente. Frente a ellos se ilumina el Muchacho I. Desde el mecedor que se mueve se oye una voz femenina)

VOZ FEMENINA: ¿Te llamó la atención la corneta?

MUCHACHO I: En aquel camión no sonó la corneta.

VOZ FEMENINA: ¿Viste bien a los hombres que lo tiraron?

MUCHACHO I: Sólo sus sombras. Estaba oscuro.

VOZ FEMENINA: ¿Cómo supiste que el herido sangraba mucho?

MUCHACHO I: Lo toqué, me manché la mano.
(Muestra una de sus manos)

VOZ FEMENINA: No has debido hacerlo. Es peligroso tocar heridos.

MUCHACHO I: Si el doctor va ahora mismo quizá se salve.

VOZ FEMENINA: No puedo despertarlo. Acaba de acostarse. Toda la noche la pasó ocupado en un parto difícil. La criatura venía de nalgas.

MUCHACHO I: Podrá ir sólo un momento.

VOZ FEMENINA: ¡Quién aguantaría su mal humor si lo hago levantar ahora! El día de ayer lo pasó con diarrea. Sufre de diarreas una vez al mes.

MUCHACHO I: El hombre puede morir.

VOZ FEMENINA: No creo. El cuerpo humano aguanta mucho.

MUCHACHO I: ¡Llámelo!

VOZ FEMENINA: ¡Imposible! Además, él no acostumbra ver heridos sino cuando llama el Juez u otra autoridad.

MUCHACHO I: ¡Es el médico!

VOZ FEMENINA: En este tiempo, ver heridos tiene sus peligros, aún para un médico. ¡Hay tantos líos!

MUCHACHO I: Entonces, ¿ni estando despierto iría?

VOZ FEMENINA: ¡No!

(El Muchacho I se va hacia la oscuridad. Se ilumina el otro mecedor a tiempo que comienza a moverse rítmicamente. Desde él se oye una voz masculina)

VOZ MASCULINA: Hiciste bien en hablarle así. Debe ser algún asunto raro y por eso mandaron al muchacho.

VOZ FEMENINA: Ah, ¿estabas despierto? No te sentí llegar.

VOZ MASCULINA: Sí, oí todo.

VOZ FEMENINA: Debe ser un asunto político... Se habla de muertos, desaparecidos... El Gobierno...

VOZ MASCULINA: ¡Chiss...! ¡Ni menciones esa palabra! ¡Debemos evitar complicaciones!

VOZ FEMENINA: Es el tiempo de actuar con mucha cautela.

VOZ MASCULINA: Lo que no me gustó fue tu referencia a la diarrea...

VOZ FEMENINA: ¿No la tuviste? Cualquiera puede sufrir de diarreas.

VOZ MASCULINA: En un médico es feo. Pienso que hasta lo desacredita.

VOZ FEMENINA: Lo tomaré en cuenta para otra ocasión...

VOZ MASCULINA: En fin, vamos a seguir durmiendo, falta mucho para que sea de día... ¡Uauuu!

(Los mecedores se mueven acompasadamente. Oscuro. Se iluminan y oscurecen varias puertas. Oyense toques. Muchacho I aparece frente a una. Adentro óyese una tos seca y una voz de viejo que le habla)

VOZ VIEJO: ¿Quién te dijo que tocaras en la escuela?

MUCHACHO I: Nadie. Se me ocurrió.

VOZ VIEJO: ¿Quién es el herido?

MUCHACHO I: No lo sé. Quizás usted pueda conocerlo.

VOZ VIEJO: ¿Yo? ¿Por qué supones eso?

MUCHACHO I: Usted es el maestro

VOZ VIEJO: (*Tose*)

MUCHACHO I: Podemos ir hasta allá. Está a pocas cuadras de aquí.

VOZ VIEJO: ¿Qué haré con eso, eh?

MUCHACHO I: Auxiliarlo.

VOZ VIEJO: No sé nada de primeros auxilios.

MUCHACHO I: Usted puede hablar con otros para que lo hagan.

VOZ VIEJO: No me gusta molestar. ¿Cómo se hirió?

MUCHACHO I: Creo que lo hirieron. Vi cuando lo tiraban en esa esquina.

VOZ VIEJO: ¡Ah! Hay algo feo en este asunto... (*Tose prolongadamente*) es preferible que acudan otros. Si voy yo dirán: ¿Le incumbía al maestro eso? Se aprovecharán. En el pueblo dicen que soy librepensador, anarquista, qué sé yo... ¡Ya imagino a esa viejas hablando!

MUCHACHO I: Acompáñeme aunque sea a buscar a otras personas. No conozco a nadie...

VOZ VIEJO: No debo ir. Mi salud no está bien, la madrugada es demasiado fría. *(Tose nuevamente)*
Los bronquios me suenan...

MUCHACHO I: ¿Qué hago entonces?

VOZ VIEJO: Toca en la farmacia, el boticario puede practicar primeras curas.

(Oscuro. La tos sigue oyéndose con persistencia. Sobre una de las puertas se ilumina un letrero rojo: Farmacia. El Muchacho I llega a la puerta y toca. Desde adentro le hablan con acritud)

MUCHACHO I: ¡Señor boticario!

BOTICARIO: *(Desde adentro, sin aparecer)* ¡Qué desea, dígallo!

MUCHACHO I: Abajo hay un herido. Pierde sangre.

(En la puerta se abre una puertecilla y se ilumina. No se ve a nadie)

BOTICARIO: ¡Busca al médico!

MUCHACHO I: Está durmiendo; no quieren despertarlo.

BOTICARIO: Debes esperar hasta mañana.

MUCHACHO I: Me dijeron que usted puede auxiliarlo.

BOTICARIO: Soy boticario, no médico.

MUCHACHO I: Dicen que los boticarios hacen curas...

BOTICARIO: Hablan muchas cosas de los boticarios. ¿Cómo se hirió?

MUCHACHO I: Creo que lo hirieron. Unos tipos lo tiraron allá abajo.

BOTICARIO: ¡Riña! ¡Riña! Hoy en día todo el mundo no hace sino reñir. ¿Qué te dijo?

MUCHACHO I: Perdió el habla...

BOTICARIO: ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! Eso es grave, ¡Anda y llama donde el Juez Municipal, tres cuadras más abajo! Por mi parte nada tengo que ver en ese asunto... ¡Ve rápido!

MUCHACHO I: Haré eso. (*Va a irse pero recuerda*)
¡Ah! ¡Necesito un remedio! (*Saca de uno de sus bolsillos un frasco plano*) Aquí en el frasco está la receta...

BOTICARIO: Deja el frasco y vuelve por la mañana.
(*El Muchacho I tiende la mano con el frasco*)

(*Oscuro. Oyese que alguien silba alegre, hacia el proscenio se ilumina una linterna, su luz se mueve hacia el suelo como buscando algo. Lentamente se ilumina el Muchacho II. Escudriña, a la luz de la linterna, y persigue algo que se le escapa. Se acerca el Muchacho I*)

MUCHACHO I: ¡Hola!

MUCHACHO II: ¡Hola!

MUCHACHO I: ¡¿Qué buscas?!

MUCHACHO II: ¡Un sapo!

MUCHACHO I: ¿Un sapo?

MUCHACHO II: ¡Por allí se fue! Quiero agarrarlo, pues necesito uno en casa.

MUCHACHO I: ¿Qué vas a hacer con él?

MUCHACHO II: Hacerlo que cace los rueda-pelotas que vuelan bajo los bombillos. (*Hace gestos de cazar insectos con la lengua*) ¡Son cómicos! Después que tienen llena la barriga se van de este modo. (*Salta como un sapo pesado*)

MUCHACHO I: (*Ríe*) Yo los he visto y haces igualito (*Ríe*)

MUCHACHO II: Éste era tan grande y verdoso. Son los que comen más.

MUCHACHO I: Nunca se me hubiera ocurrido usarlos como limpiacasa. Me buscaré uno.

MUCHACHO II: Éste se fue: salto rápido por allí. (*Se limpia el traje*) Necesito seguir. Debo ir a la carretera a esperar la camioneta.

MUCHACHO I: ¿Viajas?

MUCHACHO II: No, ¡qué voy a viajar! aguardo a que pase la camioneta para recoger los periódicos. Yo los reparto en el pueblo.

MUCHACHO I: ¡Qué bueno! Yo lo haría, pero a mi caserío no llega eso.

MUCHACHO II: Aquí llegan diez; este es un pueblo con movimiento.

MUCHACHO I: Me gustaría acompañarte para ver cómo te los dan.

MUCHACHO II: ¡Magnífico! Con eso conoces al chofer. Es amigo mío.

MUCHACHO I: No puedo; busco entre estas casas la de alguien importante para avisarle lo que pasa.

MUCHACHO II: ¿Lo que pasa? ¿Dónde? ¿Traes un recado?

MUCHACHO I: En la primera esquina del pueblo hay un hombre herido...

MUCHACHO II: ¡Ah! ¿Dónde tiene la herida?

MUCHACHO I: Creo que tiene varias. Está tendido y no se mueve.

MUCHACHO II: ¡Pobrecito! ¿Avisaste al médico? Vive por allí...

MUCHACHO I: Sí, también al cura, al maestro, al boticario, a una mujer que dice malas palabras... A un tal juez... Nadie ha querido ir...

MUCHACHO II: A esta hora nadie desea levantarse y salir. (*Jactancioso*) ¡No son como nosotros! (*Escupe*) ¿Crees que el herido esté grave?

MUCHACHO I: (*Asiente con la cabeza*) Si no lo curan rápido se va a desangrar.

MUCHACHO II: Si quieres voy contigo y lo auxiliaremos.

MUCHACHO I: ¿Cómo podemos hacer eso? Hará falta algodón, yodo, trapos...

MUCHACHO II: ¿Eres capaz de tomarlo en peso junto conmigo y llevarlo a la carretera?

MUCHACHO I: Sí, quizás pueda, pero no entiendo qué haremos con eso.

MUCHACHO II: Cuando pase la camioneta que trae los periódicos, le explicaremos a mi amigo el chofer y le pedimos que lo lleve hasta el próximo pueblo. Allá hay dispensario médico.

MUCHACHO I: Es una gran idea. (*Le estrecha la mano con alegría al Muchacho II. Ambos ríen*) ¡Vamos!

MUCHACHO II: ¡Verás que lo salvamos!

(*Oscuro. Se oye música de bailes y voces confusas. Iluminase a la Mujer I cerca de la rockola y los vanos de las puertas. Tiene en sus manos un sombrero de pelo de guama fino y nuevo*)

MUJER I: ¡Por ahí lo buscaba un muchacho!

(Cerca de ella se ilumina, sentado en la silla, el Jefe. Viste liqui – liqui, calza zapatos finos y polainas de cuero. Usa bigotes largos y patillas. En las manos lleva varias sortijas)

JEFE: ¿A mí? ¡No tengo muchacho que me busque ni compadre que me pelee!

MUJER I: ¡Pues es así! ¡Dijo solicitar a la primera autoridad! ¿O ya usted no es la primera autoridad? ¿Dejó de ser el jefe? ¡No me venga con eso ahora!

JEFE: (Tras ruidosa carcajada) ¡Déjate de jurungar al Gobierno, Guacharaca, y anda a buscar las mejores hembras que tengas...! ¡Esta noche soy un gallo que necesita patio!

MUJER I: Un gallo viejo, será.

JEFE: ¡Pero sustancioso! (Le da una nalgada) ¡Trae a las gallinas, anda!

MUJER I: ¡Las llamo y vienen! (Hace bocina con sus manos) ¡Malva Rosa! ¡Pascuala! ¡Margot! ¡Paquita! ¡Aquí está el Jefe dizque Civil, con un revólver y sus reales, y dispuesto a gastar! ¡Vengan!

JEFE: ¡Eso sí, las que se me junten es a beber con ganas! ¡No quiero gazmoñerías! ¡Las mujeres que estén conmigo tienen que aguantar en la mesa y en el catre!

MUJER I: Ellas lo conocen bien, Jefe.

JEFE: (*Ríe estruendosamente*) ¡Y que traigan las nalgas dispuestas para recoger manotazos! (*Vuelve a reír más fuerte; mientras, la Mujer I va hacia adentro*)

MUJER I: (*Sigue gritando*) ¡Bueno! ¡Van a venir o no! ¡A los jefes no se les hace esperar!

JEFE: (*Ríe fuertemente*) ¡Así me gustas, Guacharaca, sabes mandar! Pero mejor voy a buscarlas. De ese modo yo mismo las puedo escoger. (*Se incorpora, inseguro*) ¡Ayer las tuve gordas en el burdel de la Griposa, hoy las quiero flacas!

MUJER I: (*Regresando*) ¡No joda, Jefe! ¡Qué gordas van a estar ésas de la Griposa! ¿Cuándo ha visto usted por aquí una puta jamonuda? ¿Acaso es poca el hambre que pasan?

JEFE: ¡Ah vainas! ¡Deja de meterte con el Gobierno, Guacharaca! ¡Es peligroso! (*Ríe estruendosamente y camina para irse al interior entrando por uno de los vanos*) ¡Abran patio, carajo, que aquí va el gallo! (*Cuando se va, la Mujer I, ágil, lo agarra por un brazo*)

MUJER I: ¡No friegue, Jefe, si viene el muchacho ese otra vez, ¿qué le digo? (*Adentro se oye un rasgueo de guitarra chiquita y voces de mujeres*)

JEFE: ¡Qué vaina esa! ¡No estoy en horas de trabajo!

MUJER I: (*Insistente*) ¡Dijo que no sé dónde hay un herido...! (*La guitarra suena más fuerte y otras voces llaman al jefe y rien.*)

VOCES: (*Adentro*) ¡Jefe, aquí está lo suyo! ¡Amor, esta es la flaca que te conviene! ¡Venga para acá que en todo el día no he parado nada!

JEFE: (*Yéndose y apartando a la Mujer I*) ¡Suelta al gallo que lleva las espuelas armadas!

MUJER I: (*Tras de él*) ¡¿Qué le digo si vuelve?!

JEFE: (*Desde el vano*) ¡Deja en libertad al Gobierno, Guacharaca! ¡Dile que él y el herido se vayan a la mierda! (*Ríe a carcajadas, éstas se pierden entre las risas estridentes de las mujeres, adentro. La Mujer I también rompe a reír*)

(*Oscuro. La música se va desvaneciendo. Oyese el ruido de un vehículo en marcha. Frena. Los Muchachos I y II se iluminan en silueta contra dos faros. Hablan y gesticulan. Sus voces no se oyen. Detrás de los faros una voz habla recio*)

VOZ CHOFER: ¡Esos favores salen caros! ¡Uno se pone a ayudar y lo enredan en quién sabe qué lío! Les aconsejo que no se metan en eso.

MUCHACHO I: ¡Sangraba mucho!

VOZ CHOFER: ¡Recojan los periódicos y déjense de tonterías! (*Se oye el ruido de periódicos cayendo al suelo. El motor acelera y la camioneta parte*)

MUCHACHO I: (*Al Muchacho II*) Enciende la linterna.

MUCHACHO II: (*Manipulando la linterna*) ¡Se echó a perder! Pero no importa, seguiremos a oscuras. (*Toma los periódicos*)

MUCHACHO I: ¿Qué podremos hacer ahora?

MUCHACHO II: De alguna manera lo cargaremos hasta la farmacia. Al boticario no le quedará más remedio que curarlo.

MUCHACHO I: (Ríe) Es bueno hacerle eso.

MUCHACHO II: Después repartiré los periódicos.

MUCHACHO I: Entonces, vamos a cargarlo rápido.

MUCHACHO II: Me preocupa algo.

MUCHACHO I: ¿Qué?

MUCHACHO II: Creí que ese chofer era mi amigo.

(*Oscuro. Se iluminan los dos mecedores moviéndose acompasadamente*)

VOZ MASCULINA: No he podido dormir. Quizás sea conveniente avisar a las autoridades lo que dijo el muchacho ese.

VOZ FEMENINA: También me ha desvelado el cuento del herido. Tienes razón. Hay que avisar, podrían enterarse que estuvo aquí, y nadie sabe...

VOZ MASCULINA: A lo mejor todo fue una treta para comprometerme. Mi puesto lo desean muchos.

VOZ FEMENINA: Y debes buscar a alguien influyente para que te acompañe; no es bueno informar esas cosas yendo solo.

VOZ MASCULINA: Eso haré. Un testigo es bueno siempre. Pero aún falta mucho para que sea de día. Tomaré algo a ver si duermo un poco más.

VOZ FEMENINA: Haré lo mismo.

(Oscuro. Luz en la esquina. Los muchachos y el Herido bajo cenital. El Muchacho I palpa el cuerpo yacente y retrocede inquieto. El Muchacho II se inclina y también lo palpa)

MUCHACHO I: No respira.

MUCHACHO II: Debe ser que ha muerto.

MUCHACHO I: ¡Nunca había visto un muerto!

MUCHACHO II: ¡Hay que avisar!

MUCHACHO I: ¡Corramos!

(Oscuro. Oyese música de jazz, cornetas, motores, voces femeninas, risas de hombres, luego una música litúrgica. Se iluminan los dos mecedores. Están quietos. La voz del Muchacho I se oye.)

MUCHACHO I: ¡Ha muerto! *(Los mecedores comienzan a mecerse con cierta agitación)*

VOZ MASCULINA: ¡Lo que suponía!

VOZ FEMENINA: Hiciste bien en ser cauto.

VOZ MASCULINA: Sin embargo, pienso que un médico...
No sé... Me molestaría un poco pensar en eso...

VOZ FEMENINA: No podías ir. ¡Además, no eres cirujano!

VOZ MASCULINA: Cierto. Me has dado una razón correcta. Estaré tranquilo. *(Bostezo)* Debes apurar el desayuno, pues pronto me llamará el juez.

VOZ FEMENINA: Siempre será una molestia.

(Oscuro. Se ilumina el Cura en la misma posición anterior. Se oye la voz del Muchacho I)

MUCHACHO I: ¡Murió!

CURA: *(Se santigua ceremonioso)* ¡Es una desgracia!

MUCHACHO I: ¡Murió solo!

CURA: He debido ir, rezarle, pero comprende hijo, ya estaría metido en las averiguaciones. No habría podido...

MUCHACHO I: Lo hubiera ayudado.

CURA: ¿Y si era asunto político? ¿Te das cuenta? Mis superiores... El Gobierno... Mis feligreses... Todos me hubieran caído encima.

MUCHACHO I: Había pensado que usted...

CURA: Soy un pobre cura, un pobre cura (*Grita*) ¡Un pobre cura sin amparo!

(*Oscuro. Se ilumina la Mujer I. La luz fuerte sobre su rostro*)

MUCHACHO I: (*Junto a ella*) ¡Ha muerto!

MUJER I: ¿Quién fue a verlo?

MUCHACHO I: ¡Nadie!

MUJER I: ¡He debido ir! ¡He debido ir! ¡He debido ir, carajo! Pero, ¿y si es un crimen? Oye... ¿Te das cuenta? Si me complico en eso, me hundo. ¡Me hundo! ¡No tengo sino mi trabajo! (*Se palpa las caderas*) ¿Trabajo? (*Ríe fuerte*) ¡No soy sino una mala puta! ¡Una perdida! ¡Una perdida! (*Vuelve a reír y luego se pone a llorar recio*) ¡Lo que me provoca es arrastrarme por el suelo, gritar, escupir, dar patadas! (*Llora y ríe al mismo tiempo. Desde adentro salen dos mujeres*)

MUJER II: ¿Qué te sucede, Guacharaca?

MUJER III: ¿Otra vez histérica?

(*La Mujer I llora estrepitosamente*)

MUJER II: ¡Ah, buena vaina! ¡Sigue bebiendo ron, que eso te hace bien!

MUJER I: (*A gritos*) ¡Tengo ganas de matar gente! ¡De acabar con todo, carajo! ¡De echar gasolina y prender fósforos!

MUJER III: (*Gritando hacia dentro de los vanos*)
¡Vengan para que vean! ¡Era lo que faltaba! ¡Qué
joder! ¡La Guacharaca se volvió loca! ¡Habrá
que amarrarla! (*Ríe estrepitosamente*)

MUJER II: (*Acompañando con su risa a la Mujer
III*) ¡Se jodió la Guacaracha! ¡Tenía que parar en
loca!

MUJER III: (*Sin dejar de reírse*) ¡Era una pendeja
sentimental! ¡Una pendeja bien pendeja! (*Ríe
estrepitosamente*)

(*Oscuro. Se ilumina una puerta*)

MUCHACHO I: (*Frente a la puerta*) ¡Maestro! ¡Se
desangró y se murió!

VOZ VIEJO: (*Desde adentro*) ¡Lamentablemente!
¡Muy lamentablemente! ¡Han debido auxiliarlo!

MUCHACHO I: Le pedí a usted...

VOZ VIEJO: Sí, sí, me pediste... pero considera, ¿un
viejo como yo, qué podía hacer? Luego hubiera
tenido que ir a declarar. (*Tose*) ¡Quién sabe qué
asunto grave es ése, y me hubiera envuelto! Estoy
viejo, no tengo sino este miserable cargo. Pero tú
no comprendes. Dios quiera que no llegues a ser
maestro de escuela en un pueblo.

(*Oscuro. Segundos después se oye el ruido de un
camión y se iluminan dos faros altos contra el
proscenio. Se ven los dos muchachos en silueta*)

MUCHACHO II: ¡Lo encontramos muerto!

VOZ CHOFER: *(Detrás de los faros)* Y yo, ¿qué podía hacer? ¡Si lo llevo me meten a interrogatorio, me detienen, pierdo días de trabajo! ¡Le traigo problemas a mi familia!

MUCHACHO I: ¡Quizás con su ayuda se hubiera salvado!

VOZ CHOFER: ¡Me cago en la vida! ¡Si pudiera pasar el camión este por encima de toda la mierda que hay! Pero lo que hago es tragarla, y tragar carreteras. *(El motor acelera. Se oye un cornetazo)*

(Oscuro. Luz sobre el Jefe. Borracho, medio sentado en una cama. El Muchacho I llega junto a él)

MUCHACHO I: ¿Lo supo? ¡El herido se murió!

JEFE: ¿Y qué? ¡No es el primer herido que se muere!

MUCHACHO I: Me dijeron que usted ha debido...

JEFE: *(Agresivo)* ¿Debido qué...!

MUCHACHO I: Ayudar a salvarlo.

JEFE: ¡Miren qué vaina! ¡Acaso soy brujo, mago o santo milagroso! *(Ríe estrepitosamente)*

MUCHACHO I: ¿Hará algo?

JEFE: ¿Yo? ¡No jodas! ¡Llama al juez para que vaya y levante el acta! Mañana en la tarde la firmo.

(Ríe estrepitosamente)

MUCHACHO I: El juez no quiso ir.

JEFE: ¡Déjame dormir! ¡La autoridad tiene derecho a dormir, para eso es autoridad! ¡Apágame esa luz y te vas!

(Oscuro. Se oye un ruido confuso y voces distorsionadas que discuten acaloradamente. Luces de proyectores cruzan el escenario. En el fondo, y en planos diferentes, se proyectan dos cabezas deformes: una femenina y otra masculina. Las proyecciones no son fijas, sino que, mientras una sube y baja, la otra se mueve de izquierda a derecha. Segundos después, por alto parlante, se oye clara la voz masculina)

VOZ MASCULINA: Señorita sicólogo: respeto muchos sus opiniones, pero mi experiencia de Juez con largos años de ejercicio me obliga a decirle que hay niños que saben engañar con más habilidad que los adultos... En este caso...

VOZ FEMENINA: *(Clara)* Dispense usted. El hecho de que el niño no haya pronunciado una palabra desde que fue apresado, no demuestra, ni pone en evidencia...

VOZ MASCULINA: Debe entender usted que es un caso típico de inhibición consciente. A nosotros, científicos, nos demuestra que ese niño sabe mucho de ese horrendo crimen.

VOZ FEMENINA: Su teoría puede tener fundamentos, pero según Jung (*la voz se distorsiona y precipita. El juez comienza a hablar al mismo tiempo. Su voz también se oye distorsionada. Mientras el ruido de estas voces se hace insoportable, las proyecciones de las cabezas se agitan rápidamente. Luego, hay una pausa de silencio. Las proyecciones cesan*)

(Oscuro. Una luz azul cae sobre el centro del escenario. Sentado en el suelo está el Muchacho I. Sombras de rejas caen sobre él. Juega con una caja de fósforos y los palitos. Silva una canción infantil. A lo lejos se oye un pito y una voz fuerte grita)

VOZ LEJANA: ¡Puede pasar la visita! (*El Muchacho I asume una actitud de alerta. Se ilumina caminando hacia él, al Muchacho II, quien trae en sus manos una caja pequeña y una linterna*)

MUCHACHO I: ¡Hola!

MUCHACHO II: ¡Hola! Te traje la linterna y otra cosa: ¿adivina?

MUCHACHO I: ¡No sé!

MUCHACHO II: ¡Un sapo! ¡Por fin pude agarrar uno!

MUCHACHO I: (*Riendo*) ¡Tuviste una gran idea! (*El Muchacho II destapa la caja y muestra el sapo al Muchacho I. Éste se admira y silva*)

MUCHACHO II: ¡Aquí puede haber rueda-pelotas!

MUCHACHO I: ¡Sí hay!

MUCHACHO II: (*Ríe*) ¡Este sapo tiene la lengua larguísima!

MUCHACHO I: ¡Voy a divertirme con él viéndolo cazar!

MUCHACHO II: ¡Me gustaría quedarme aquí para cuidarlo juntos! Pero... no sé...

MUCHACHO I: ¡No te dejarían!

MUCHACHO II: (*Intimidado*) Es cierto.

MUCHACHO I: ¿Te dio miedo venir?

MUCHACHO II: ¡Sí! ¡Esto asusta! ¡Pero vine! Quería traerte el sapo y la linterna, también es para ti...

MUCHACHO I: ¿Está buena?

MUCHACHO II: Le puse pilas (*Afuera se oye ruido de pitos y voces*)

MUCHACHO I: ¡Déjame encenderla! (*El Muchacho II da la linterna al Muchacho I. Éste la prende varias veces y se ríe. Oyéense de nuevo los pitos.*)

MUCHACHO II: Algunos de los del pueblo están allí, afuera...

MUCHACHO I: ¿Qué hacen?

MUCHACHO II: ¡No sé!

MUCHACHO I: ¡Vamos a abrir la caja para soltar al sapo!

MUCHACHO II: Bueno (*Procede a abrir la caja*)

(Oscuro. Luz sobre varias sillas en semicírculo. Van llegando el Cura, la Mujer I, la Mujer II, la Mujer III, el Jefe. Cenital sobre los mecedores. Se proyectan la cabeza del hombre y la mujer, similar a la escena anterior. Se oyen las voces por alto parlante)

VOZ MASCULINA: (*Una vez que todos los que han entrado se sientan, los mecedores comienzan a moverse*) El testimonio de ustedes será invaluable para aclarar este crimen que a todos nos ha conmovido... Ahora la señora sicóloga les dirá algo (*Se oye la voz distorsionada de la cabeza femenina que se agita en la pantalla.*) ¡Mel oooooorcassssssssparapellllllltuuuuuuuumiaaaa!

(La imagen femenina deja de emitir sonidos. Por el alto parlante habla la voz masculina)

VOZ MASCULINA: ¡Bien! ¡Sensato! ¡Científico! ¡Hermoso! ¡Felicitaciones a la eminente científica por su exposición brillante! ¡Ahora queremos oír la opinión de los honorables y generosos testigos! ¡Comenzaremos por oír a la autoridad ejecutiva de todos los poderes! Tiene la palabra usted (*Cenital sobre el Jefe*)

JEFE: (*Poniéndose de pie*) ¡Bla! ¡bla! ¡bla! ¡bla!
¡Requetebla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla!
¡Muchos más blas, blaaa, blaaaa, blaaaaaa, blaaaaaa!

VOZ MASCULINA: (*Desde el alto parlante*) ¡Bien!
¡Bien! ¡La voz de la autoridad es la voz de la
justicia! ¡De la paz! ¡De la seguridad! ¡Ahora
pueden exponer sus opiniones los otros testigos!
(*Todos se ponen de pie y comienzan a cantar
como en un responso*)

TODOS: ¡Bla! ¡Bla! ¡Bla! ¡Bla!
¡Bla! ¡Bla! ¡Bla! ¡Bla!
¡Bla! ¡Bla! ¡Bla! ¡Bla!
¡Bla! ¡Bla! ¡Bla! ¡Bla!
¡Bla! ¡Bla! ¡Bla! ¡Bla!

(*Cesan de emitir el bla, bla*)

VOZ MASCULINA: (*Por el alto parlante*) ¡Amén!
(*La voz femenina comienza a emitir sonidos
ininteligibles, a tiempo que la imagen se mueve
agitadamente. La voz masculina también
comienza a emitirlos. Todo el coro los sigue,
imitándolos*)

(*Oscuro. Segundos después luz sobre la rockola.
Llega la Mujer I, ebria*)

MUJER I: ¡Es la verdad! ¡Todos tuvimos miedo!
¡Hasta el Jefe se comportó como un marico! ¡Es
la verdad y no joda! (*Llega la Mujer II. Acciona
la rockola. Esta comienza a sonar una música
distorsionada. Junto a ella llega la Mujer I. La
música baja en intensidad y queda de fondo. Las
mujeres I y II emiten chillidos con la música.
Luego cantan claramente*)

Mujer I y MUJER II: ¡Todos tuvimos miedo!
¡Miedo que hace temblar;
¡Todos tuvimos miedo!
¡Lo puedo confirmar!

¡El Jefe tuvo miedo!
¡La puta tuvo miedo!
¿El cura no lo sabe,
pero lo agarra el miedo,
lo mismo que al doctor,
al Juez y al Profesor?

¡Tuviste miedo tú!
¡Y ella tuvo miedo!

¡Y el miedo tuvo miedo
de que viniera el miedo!
Pero de todos modos,
el miedo siempre vino.
¡Y el miedo nos calló!

(Callan. Cerca de ellas se ilumina el Jefe, de pie, se mueve con inseguridad, mientras esgrime un revólver. La Mujer III sale danzando, acaricia al Jefe, lo besa varias veces y se une al coro de las otras mujeres. Las tres renuevan el canto)

¿Quién dice tener miedo?
¿Qué cosa es tener miedo?
¡Ja, ja, ja, ja!
¿Por qué tenemos miedo?
¿Qué gente tiene miedo?
¿Acaso existe el miedo?
¡Ja, ja, ja, ja!

¿Por dónde corre el miedo?

¿Qué rostro tiene el miedo?

¿En dónde se halla el miedo?

¿Aquí?

¿Allí?

¿Allá?

¿Nunca ha existido el miedo?

¡Ja, ja! ¡Ja, ja!

¡Lo digo yo, maricas!

¿Quién es la autoridad?

JEFE: (*Recio*) ¡A callarse, putas!

MUJER II: ¡Repórtese, Jefe!

MUJER I: ¡Beba más ron y cante con nosotras!

JEFE: (*Caminando inseguro hacia la oscuridad*)

¿Dónde está el miedo? ¡¿Dónde está?! ¡La autoridad matará al miedo, carajo! ¡Lo matará!

(*Eleva el revólver y dispara varias veces*)

(*Oscuro. Las mujeres ríen estruendosamente, el Jefe también ríe con ellas. Sobre las risas se ilumina la esquina con el cuerpo yacente del herido. La Mujer I camina hacia él con inseguridad de ebria. De pronto lo mira y grita*)

MUJER I: ¡Ayyyyy!

(*Oscuro. Se ilumina el Muchacho I y el Muchacho II. Este último cierra la caja con cuidado*)

MUCHACHO II: Debes cuidarlo mucho. Aunque la gente no lo crea, los sapos son muy delicados.

MUCHACHO I: Le daré agua y le cazaré bichos...

(Suena cerca un pito y una voz grita)

Voz: ¡Terminó la visita! ¡Terminó la visita!

MUCHACHO II: *(Despidiéndose)* ¡Volveré el domingo, si me dejan entrar!

MUCHACHO I: ¡Diles que eres hermano mío!

MUCHACHO II: ¡Eso les diré!

(Oscuro. Se vuelven a oír pitos. Sobre las pantallas se proyectan las cabezas desfiguradas. Oyense sus voces distorsionadas. Abajo se ilumina el Muchacho I de espaldas a otra figura alta cubierta con toga y capucha. Ambos giran lentamente. La rockola comienza a sonar, su música se une a las voces distorsionadas de las pantallas. Lentamente el Muchacho I se va desvaneciendo. Saca de su bolsillo la linterna, la enciende y busca con su luz por el suelo. De pronto se comienza a oír fuerte y con gozo)

MUCHACHO I: *(Hacia el suelo)* ¡Salta sapo! ¡Salta! ¡Salta, sapo, salta! ¡Salta! ¡Salta! *(Ríe. Sobre su risa la luz se va debilitando hasta el oscuro total)*

FIN DE LA OBRA

LA SONATA DEL ALBA

Drama de un acto

(Por orden de aparición)

Antonio Machado

Miguel de Unamuno

Blas de Otero

Alfonso Sastre

Francisco de Quevedo

Ahora toco el alba de la vida.

PABLO NERUDA

Personajes:

(Por orden de aparición)

ANTONIA: 30 años.

MIGUEL: Su esposo, 40 años.

DESCONOCIDO: Viejo, edad indefinida.

ADELA: Una vecina.

Voces de hombres y mujeres del barrio.

Acción:

En Caracas, en una vivienda pobre de uno de sus barrios situado entre cerros y quebradas, a las siete de la noche de un día cualquiera.

Época:

Contemporánea.

Escenario:

Habitación muy pobre que hace de sala y comedor, en la casa que habitan Antonia y Miguel situada en un cerro y cerca de una quebrada. En el lateral izquierdo está la puerta de entrada, da a unos escalones que a su vez bajan a una calle. Cerca de la puerta y en el mismo lateral está una ventana cerrada, la que al abrirse da a una calle.

Al fondo un pequeño corredor comunica con la cocina y el baño de la vivienda. En el lateral derecho una puerta con cortina de tela barata, da al dormitorio. En el centro de la escena hay una mesa para comer, cubierta con hule. Sobre ella se encuentran una pimpina, un vaso, unos platos y un cubierto. Junto a la mesa hay dos taburetes y una silla vieja. Recostados en la pared del fondo se ve una alacena y un aguamanil, éste tiene una jarra, ponchera y paño. Cerca de la puerta del dormitorio encuéntrase una pequeña mesa sobre la cual esta un tiesto con un helecho.

Hay cromos baratos, almanaques y fotografías diseminados en la pared.

Al alzarse el telón la escena está sola. Segundos después sale del dormitorio Antonia. Lo hace con sumo cuidado y, como que no quiere hacer ruido, va hasta la alacena, la abre y comienza a arreglar unos platos. Luego toma un pote de leche en polvo ya abierto y comienza a leer las instrucciones en él escritas. Cuando le tocan a la puerta, guarda rápidamente en la alacena el pote y va a abrir. Entra Miguel. Su traje está raído y sucio. Usa sombrero.

MIGUEL: Por fin estoy aquí. *(Se quita el paltó y lo pone sobre el respaldo de la silla, luego deja el sombrero sobre la alacena y va al aguamanil a lavarse las manos y la cara)* No puedo de cansancio. ¡Creí que no llegaría nunca! ¡Qué lejos está ese cerro!

ANTONIA: ¿Viniste a pie otra vez?

MIGUEL: Sí, todos los autobuses pasaban llenos. La gente los asaltaba apresurada por temor a la lluvia que se anuncia. *(Comienza a secarse)* El cielo está negro. Apuré el paso para no tener que pasar la quebrada y subir la cuesta y los escalones lloviendo, siempre temo resbalar y caer abajo.

ANTONIA: ¡Dios te libre! *(Se oye un trueno)* Va a ocurrir como ayer que llovió toda la noche.

MIGUEL: Si aquí no cayeran tantas goteras, fuera tan agradable dormirse oyendo el repiquetear del agua sobre el tejado y las paredes, pero perder el sueño por estar sacándole el cuerpo a las gotas o tener que colocar latas y perolitos a cada rato para no inundarnos, me pone neurasténico.

ANTONIA: ¡A nadie le gusta eso...! ¡Y llevamos varias noches así!

MIGUEL: Esta mañana fui al trabajo, molido *(Se sienta junto a la mesa)* Comeremos, pues. ¿Sirves?

ANTONIA: Todo está caliente *(Antonia saca de la alacena un pequeño paño y lo tiende sobre la mesa en el sitio que ocupa Miguel. Arreglando los platos y los cubiertos)*

MIGUEL: Si llueve recio volveremos a dormir mal... y yo con este cansancio... no sé qué esperará el dueño de esta casucha para componerla.

(Se oye tronar cerca)

ANTONIA: *(Yendo hacia la cocina)* Quizás aguarda a que nos caiga encima.

MIGUEL: *(Sonriendo)* Y no falta mucho, pues ya el agua la debe tener blanda.

(Se oye otro trueno más prolongado y profundo que el anterior)

ANTONIA: *(Regresa con una pequeña sopera)* Sí, llegó la lluvia, y es de gotas gruesas. *(Sirve la sopa a Miguel y mientras éste comienza a comer, ella regresa a la cocina volviendo de inmediato con un bollo de pan y una cafetera)*

MIGUEL: ¿Sólo esto hay?

ANTONIA: Sí, dicen que en la noche no se debe comer mucho... *(Sonríe)*

MIGUEL: Tengo hambre. A las doce en el trabajo no comí casi nada. Únicamente un pan con queso yagua. No quise gastar más de un real.

ANTONIA: Debes alimentarte mejor en el almuerzo.

MIGUEL: Si gasto más se me va el jornal entre comida y transporte... y entonces, aquí,... ¿qué hacemos?

ANTONIA: Por eso no me gusta que te quedes a las doce por allá.

MIGUEL: Si no estuviera tan lejos... (*Come con avidez y mira hacia la cocina*) Creí que habría algo de carne. ¿No fue hoy que te di algún dinero para que compraras?

ANTONIA: Sí, pero no pude hacerlo.

MIGUEL: ¿Por qué? ¿Y la plata?

ANTONIA: Tuve que gastarla.

MIGUEL: ¿En qué? No me explico... ¿Vino alguien a pedirte prestado? Donde Adela no hay enfermos, ¿Fue de allá?

ANTONIA: No... (*Queriendo desviar el tema*) Y ahora que recuerdo, no he preguntado cómo siguen... Mañana temprano lo haré...

MIGUEL: Sí, bueno que vayas por allá; yo también lo haré... pero, dime ¿perdiste los centavos de la carne? Sería el colmo, con lo pobres que estamos.

ANTONIA: (*Rápida*) No, no los perdí, se me ocurrió otra cosa... Pues verás... (*Duda*) No sé cómo empezar.

MIGUEL: (*Busca algo más para comer*) Quedarme con hambre. Pero, ¿qué te sucedió? ¿Vino algún quincallero y nos quedamos sin carne a cambio de algún trapo?

ANTONIA: Ojalá... Bastante falta me hace una telita... Pero fue otra cosa.

MIGUEL: No alcanzo a adivinar.

ANTONIA: Te contaré. Después que te fuiste, barrí la casa y salí a buscar las verduras y la carne para la sopa. Como no comemos carne todo los días, quería que estuviera fresca y buena. En la carnicería de la esquina no encontré nada que me gustara y decidí ir a la que queda a tres cuadras más allá del callejón. ¿La conoces?

MIGUEL: Sí, la he visto, me parece que ahí venden más caro...

ANTONIA: No creas... Bueno, al salir del callejón, cerca de la pared roja que tapa el solar sin construir, y en la saliente de ladrillos, vi en el suelo un bulto raro; extrañada me acerqué con cuidado... ¿Y sabes lo que era? ¡Un niño recién nacido!

MIGUEL: ¡Cómo! ¡Un niño! ¿Vivo?

ANTONIA: Sí, un niño vivo. Estaba envuelto en trapos cubierto con periódicos. De lejos parecía un paquete cualquiera. Cuando le descubrí la carita, tenía los ojitos abiertos y miraba hacia arriba como pidiendo ayuda. Hacía mucho frío y quizás quería que alguien lo abrazara. Al alzarlo intentó llorar, pero lo calmé en seguida susurrándole.

MIGUEL: ¿Y qué hiciste? ¿Llamaste gente para que vieran?

ANTONIA: No había nadie por allí, era muy temprano.

MIGUEL: Siempre es bueno en esos casos llamar a otras personas y luego dar cuenta a la policía...

ANTONIA: Me turbé toda. No encontré qué hacer. El chiquito estaba erizado de frío. Lo tomé cargado y comencé a darle calor... Lo sentía en mis brazos tan menudito y triste que me dieron ganas de llorar... Me olvidé de todo cuanto tenía que comprar y rápidamente lo traje aquí...

MIGUEL: ¿Aquí? (*Muy alarmado*) ¿A esta casa?

ANTONIA: Sí, tenía que calentar al niño, temía que se muriera.

MIGUEL: ¡Fuiste una loca, eso ha podido comprometeros...! Siempre tienes una ocurrencia. Pero después avisaste a la Jefatura ¿no?

ANTONIA: Lo puse en la cama, lo arropé bien arropado con tu cobija y salí, ni me acordaba dónde había teléfono cerca, quise avisarle a Adela o a otra vecina; caminé hacia arriba y hacia abajo, volví a pensar en el teléfono para llamar a la Jefatura, pero ni siquiera sabía el número, entonces me regresé a ver si por casualidad estaba en un periódico viejo.

MIGUEL: Hay teléfono a tres cuadras de aquí y allí has podido pedir prestado el libreto.

ANTONIA: No tenía la cabeza para pensar todo eso. Lo cierto es que regresé y cuando abrí la puerta el chiquitito lloraba tan desconsoladamente que partía el alma. ¡Si lo hubieras oído! Lo cargué un ratico y se calmó. Entonces volví a salir.

MIGUEL: (*Nervioso*) Bueno, concluye... ¿Hubo o no algún inconveniente después que llamaste y se lo llevaron...?

ANTONIA: No, no hubo ningún inconveniente...

MIGUEL: Mejor así...

ANTONIA: Fue que no llamé a nadie...

MIGUEL: ¡Cómo!

ANTONIA: Con lo de las verduras compré un tetero...

MIGUEL: ¡Antonia!

ANTONIA: Y con lo de la carne y medio más traje un pote de leche para niños recién nacidos...

MIGUEL: (*Turbado y con ira*) ¡Ah, entonces eso quiere decir que el niño está aquí! ¿Que no avisaste a nadie? ¿Que no diste cuenta a las autoridades?

ANTONIA: No, ¡sigue aquí! Está en el cuarto, se encuentra dormidito.

MIGUEL: ¡Qué locura esa! (*Nervioso*) ¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¿A lo que nos expones?

ANTONIA: Sólo cuando estabas por llegar pensé en eso. Pero antes no tuve más idea que el niño... Está tan inválido, tan menudito y triste...

MIGUEL: Es un delito. Has debido avisar. Ahora tendremos problemas. Hasta pueden detenernos... Habrá que declarar... (*Colérico*) ¿Por qué eres tan idiota?

ANTONIA: Nadie me vio cuando lo traje.

MIGUEL: Esa no es razón.

ANTONIA: Cuando le daba tetero pensé que hasta podríamos dejarlo con nosotros.

MIGUEL: (*Alarmado*) ¿Dejarlo? ¿Dejarlo aquí con nosotros?

ANTONIA: Sí, ¿no crees que podríamos hacerlo?

MIGUEL: ¡Has perdido la razón! ¿Lo dices en serio?

ANTONIA: ¡Claro, en serio!

MIGUEL: Eres una loca, y por ti me veré en la policía... Ni siquiera imagines que podríamos quedarnos con él. Sería algo... ¡No sé... no sé ni qué decirte sobre eso...!

ANTONIA: No tenemos hijos, somos solos...

MIGUEL: ¿Qué se te ha metido en la cabeza?

ANTONIA: ¿Por qué no podríamos hacerlo? Lo presentaríamos como nuestro. Un matrimonio debe tener un hijo...

MIGUEL: Pero no nosotros...

ANTONIA: ¿Por qué motivo? No somos tan viejos...

MIGUEL: ¿Te das cuenta de lo que el niño significa para los dos? Si a veces cuando veo cómo está la vida y contemplo nuestra situación, hasta me parece una felicidad que no hayamos tenido hijos... Y según dijo el médico que te examinó hace poco, no los tendremos nunca...

ANTONIA: Por eso mismo podríamos dejar éste.

MIGUEL: ¡Un niño encontrado!

ANTONIA: ¡Siempre es un niño!

MIGUEL: Estás hablando como si no tuvieras sesos...

(Se oye otro trueno y la lluvia arrecia)

ANTONIA: ¡Si lo vieras! Es rosado y fino. Parece un dulcito de canela. Y eso que aún no se ha sonreído.

MIGUEL: ¡No lo veré! Y ahora mismo daré parte a la jefatura. *(Miguel se incorpora y toma su paltó)*

ANTONIA: ¿Por qué no piensas un poco?

MIGUEL: ¿Qué debo pensar? No hay nada que pensar, sino dar cuenta para que se lleven al niño; y ojalá no nos ocurra nada serio. (*Toma el sombrero*)

ANTONIA: (*Detiene a Miguel por un brazo*) Está lloviendo y hace poco que tuviste resfriado. ¿Por qué mientras escampa, no hablamos?

MIGUEL: ¡No tenemos nada de qué hablar, absolutamente de qué hablar! En cuanto deje de llover iré a un teléfono. (*Se sienta. Hay una pausa*)

ANTONIA: Un niño aquí nos haría mucho bien. ¿No crees?

MIGUEL: ¡No! Un niño aquí sólo nos traerá calamidades y gastos. ¿Y estamos nosotros para gastos? ¿Te das cuenta de cómo vivimos?

ANTONIA: ¡No hay que ver las cosas tan negras!

MIGUEL: (*Irónico*) ¡No, si están color de rosa! ¿Has pensado en eso? Hace tres semanas apenas estaba parado y gastando zapatos y sudor por esas calles buscando qué hacer para ganar aun cuando fueran unos centavos diarios. Medio comíamos con lo poco que daban las costuritas que hacías. Ahora tengo trabajo por un tiempo, pero, ¿qué clase de trabajo? Poner bloques cada minuto, cada hora, cada día; y bloques y bloques, y más bloques... y así seguiré quién sabe hasta cuándo...

ANTONIA: Las cosas pueden cambiar.

MIGUEL: No veo cuándo será eso. Si me hubiera preparado en algo quizás... Pero, ¿tuve cómo hacerlo? Toda mi vida ha sido buscar el pan.

ANTONIA: Desde que estamos juntos no nos ha faltado...

MIGUEL: Ha sido un pan amargo el que hemos comido.

ANTONIA: Pobre sí, pero no amargo... ¡Y no debes decir eso!

MIGUEL: ¡Tú eres indiferente a los trabajos y las penurias!

ANTONIA: No soy indiferente. Las resisto con fuerza y espero que algún día lleguen horas buenas.

MIGUEL: Yo no puedo ser así... Me desespero y a veces pienso que soy un inútil, que todo es inútil...

ANTONIA: Mi madre decía que no hay nada inútil. Ni siquiera los sufrimientos.

MIGUEL: Ayer, mientras ponía bloques casi cerca de las nubes, viendo pasar a la gente tan chiquita por debajo, me pareció todo tan pequeño, tan sin importancia, que yo mismo me creí gusano. Me supe estúpido verme poniendo bloques y más bloques, ¿para qué? Pensé que si me lanzaba desde allí acabaría enseguida, al menos para mí, y con curiosidad me acerqué al borde de la cornisa, cerré los ojos y me imaginé el vacío, luego el cuerpo chocando contra el pavimento y la

gente arremolinándose al verme... Y después...
¡Nada! Ganas no me faltaron de hacerlo, pero me acordé de ti, ibas a sufrir. Te quedarías sola y me diste lástima... Además, también morirse así es estúpido.

ANTONIA: ¡Debes dejar ese trabajo!

MIGUEL: ¿Crees que puedo lanzarme desde allá arriba...? Te he contado lo que pensé por unos momentos, sólo lo que pensé... Además... ¿Dónde encontraré otro empleo? Las cosas no están como para dejar el que se tiene de buenas a primeras.

ANTONIA: Me preocupa lo que me has contado, la vida es dura, es cierto, pero con pensar así no se arreglará, ¿no crees?

MIGUEL: ¡Sólo veo miserias a mi alrededor!

ANTONIA: Es cierto, hay mucha.

MIGUEL: Ya ves. Y aún así quieres dejar ese niño aquí.

ANTONIA: No creo que nos haga más pobres. Además será mi compañía. Pienso que algún día se reirá y quisiera verlo. Nos alegrará la casa. Cuando estemos viejos no nos sentiremos solos.

MIGUEL: (*Terco*) No, no podemos dejarlo. Yo veo el asunto más claro que tú...

ANTONIA: ¡Tienes miedo...!

MIGUEL: ¿Quieres entenderlo así? ¡Bueno, sí, tengo miedo! Este no es tiempo para tener niños. Hasta los ricos los evitan. ¿No recuerdas que para alquilarnos esta casucha nos prefirieron porque no teníamos hijos? Todos cuantos se casan ahora no hablan sino de impedir llenarse de hijos ¿Acaso soy yo solo quien tiene miedo? ¿Quiénes botaron ese niño? ¿Por qué lo hicieron?

ANTONIA: Si mamá viviera diría que este es un tiempo maldito...

MIGUEL: Será así.

ANTONIA: Hace poco dijiste ser una felicidad que no pudiéramos tener hijos. Quizás otros muchos piensan así. ¿Cómo puede ser bueno un mundo donde se teme criar hijos? ¡No entiendo eso!

MIGUEL: Nuestro caso es especial.

ANTONIA: Quién que los repudia debe decir así: mi caso es especial. ¡Tú no comprendiste la gran tristeza que sufrí cuando el médico me dijo aquello!

MIGUEL: Créeme, Antonia... Me hubiera gustado tenerlos, pero esta vida... Uno no está seguro de nada. Y menos los pobres... medio que comemos hoy, ¿pero mañana?

ANTONIA: Yo siempre espero un tiempo distinto. Por eso no le temo a un hijo, y lo he deseado y lo deseo. Cuando veo esa gente sin hijos pienso que al reírse se morirán de verdad, para siempre.

MIGUEL: Un hijo significa a veces más sufrimiento...

ANTONIA: Sí, es verdad, pero... se sufre por algo... no sé explicarme, algo que es la alegría misma...
(Pausa) El sufrimiento cuando estemos solos es más triste... (Pausa) ¿Miguel?

MIGUEL: ¿Qué...?

ANTONIA: Vamos a dejarlo, ¿quieres?

MIGUEL: No me convencerás. Es imposible que me convenzas.

ANTONIA: Es tan chiquitito... Provoca quererlo.

MIGUEL: No sigas hablando, es imposible...

ANTONIA: ¿Estás decidido a que se lo lleven?

MIGUEL: Sí, en cuanto escampe saldré...

ANTONIA: (Abriendo la ventana y cerrándola rápido) Es un diluvio y la noche está como boca de lobo...

MIGUEL: Ya escampará.

ANTONIA: No podrás bajar los escalones y la cuesta de la quebrada así...

MIGUEL: Aguardaré a que todo eso escurra.

ANTONIA: Allá tú... (*Antonia saca unas latas y las coloca donde caen las goteras. Suena un trueno prolongado. Afuera se oye la lluvia y el ruido del agua corriendo*)

MIGUEL: Ya está creciendo la quebrada...

ANTONIA: Es un peligro... Es posible que se vaya la luz... Ojalá la lluvia amaine.

(*Miguel abre a su vez la ventana y mira hacia fuera retrocediendo un poco turbado luego de cerrar rápido la ventana*)

ANTONIA: ¿Qué ocurre?

MIGUEL: Viene alguien subiendo los escalones.

ANTONIA: ¿Con esta lluvia?

MIGUEL: Vi un bulto... (*Pausa*)

ANTONIA: ¿Quién podrá ser? (*En la puerta se oye un toque*) ¿Oyes? Debemos abrir.

MIGUEL: Sí, es mejor... (*Miguel va a la puerta y abre. Asoma un hombre viejo, lleva barba, paltó cerrado y sombrero. Luce mojado*)

DESCONOCIDO: Me he puesto aquí para escampar bajo el alero ¡Cómo llueve!

MIGUEL: Creí que había tocado.

DESCONOCIDO: Hice un movimiento y la caja del violín golpeó la puerta...

ANTONIA: *(A Miguel)* ¿Por qué no le dices que pase y escampe adentro? Ahí debe estarse mojando.

MIGUEL: Es cierto. *(Al Desconocido)* Si gusta pasar. Aquí estará mejor.

DESCONOCIDO: ¿No le causaré molestia?

ANTONIA: De ninguna manera, pase y se sienta...
(El Desconocido entra portando una caja de violín. Su traje es oscuro, pobre y gastado)

DESCONOCIDO: Ya que insiste no lo despreciaré.
(Antonia le saca un taburete. El Desconocido se sienta, saca un pañuelo y comienza a limpiar la caja del violín)

ANTONIA: ¡Cómo se ha mojado...! Préstame tu sombrero. *(Toma el sombrero de manos del Desconocido y poniendo debajo un periódico lo coloca sobre una silla)*

DESCONOCIDO: Anduve muchas cuadras sin poder cobijarme en ningún sitio. Luego me metí por las callejuelas de la quebradas y alcancé la cuesta y los escalones. A veces me gusta andar bajo la lluvia, sobre todo como esta, fuerte, sonora...

MIGUEL: ¿No teme pescar una gripe?

DESCONOCIDO: Tengo la salud de un perro vagabundo. De andar solo hubiera seguido bajo ella tranquilo y sintiendo el ruido turbio con que baja el agua de todos estos cerros...

MIGUEL: ¿Iba usted con alguien?

DESCONOCIDO: Ando con alguien ¿No ve? (*Muestra la caja del violín*) Temí se mojara pero lo guardé bien bajo el paltó... (*A Antonia*) Es un magnífico violín.

ANTONIA: ¿Es usted violinista?

DESCONOCIDO: Bueno, casi, casi... (*Abre la caja y mira el violín*)

MIGUEL: Debe ser muy agradable tocarlo...

DESCONOCIDO: Sí, es algo... grato... inexplicable... (*El Desconocido toma el violín y hace vibrar una de las cuerdas*)

MIGUEL: Cuando muchacho quise tener uno.

DESCONOCIDO: ¡Ah, también usted soñó con uno!

MIGUEL: Pero eché a un lado ese deseo... Me pareció tan imposible...

DESCONOCIDO: Le confesaré: la pasión de mi niñez fue tener un violín... Conocerlo, tocarlo... Cuando tenía la oportunidad de ver y oír a algún violinista, los ojos se me iban tras el instrumento... Me parecía que aquel que lo tocaba era el más feliz de la tierra. Que tenía en sus manos toda la música del mundo. Cómo suspiraba... (*Hace un gesto como si tuviera frío*) ¡Hace frío!

ANTONIA: ¿Quiere un poco de café?

DESCONOCIDO: Bueno.

MIGUEL: ¿Acaso hay?

ANTONIA: Sí, lo traje con la cafetera pero tú no te fijaste... Debe estar frío. Lo acercaré a la candela otra vez. (*Toma la cafetera de la mesa y va a la cocina*)

MIGUEL: ¿Iba a tocar a alguna parte?

DESCONOCIDO: Sí y no. (*Sonriendo*) Bueno, le diré... ando con él (*Muestra el violín*) como un amigo, lo tengo desde hace poco tiempo... Sueño tocarlo... Son cosas raras que tiene uno, ¿verdad?

MIGUEL: Así es.

DESCONOCIDO: A veces cuando paso por esas plazuelas o calles de tierra donde juegan niños, me provoca tener el instrumento para tocarles y que ellos canten y dancen como en algunos cuentos. ¿Por qué cuando yo estuve pequeño ningún violinista hizo eso? ¡Ah, pero es que yo no iba a las plazas a jugar, no era de esos que pueden ir a ellas... Sólo tuve trabajo y hambre!

MIGUEL: Tampoco yo las frecuenté... No he vivido sino para trabajar. Me parece que he trabajado desde antes de nacer... Por eso renuncio a todo aquello que creo es sólo para los que tienen y pueden...

DESCONOCIDO: ¡Renunciar! ¡Renunciar!... También yo he vivido renunciando. ¿Y qué? Ya estoy viejo y lleno de deseos, sin nadie junto a mí y vagando, como quien dice, por mis sueños... Pero ahora (*se pone de pie*), ahora soy una especie de músico callejero... (*Acaricia el violín*)

MIGUEL: (*Señalando el violín*) Su violín tiene una cuerda rota...

DESCONOCIDO: ¡Es verdad! Nadie puede tocarlo así... Y lo maravilloso que sería oírlo ahora bajo esta lluvia inmensa... ¿verdad? ¡Ah! (*Mira hacia arriba*) Parece como si toda el agua del mundo se nos viniera encima.

(*Entra Antonia con la cafetera y dos tazas, ofrece una al Desconocido y otra a Miguel. Luego les sirve. El Desconocido pone el violín sobre la mesa y comienza a beber. Miguel lo imita*)

ANTONIA: La lluvia no cesa y cada vez se oye con más fuerza el ruido de la quebrada.

DESCONOCIDO: Cuando crucé el puentecito estaba crecida. Ya se acercaba a los ranchos de la orilla.

ANTONIA: Y aquí aumentan las goteras. Ya entra el agua por detrás. Ah, no me acordaba... (*Antonia va a la cocina y regresa trayendo un tetero, el Desconocido la mira y sonríe. Miguel se turba*)

MIGUEL: ¿Qué es eso? ¿Por qué...?

ANTONIA: Ah, sí es que me acordé que debe comer, hace horas no le doy.

DESCONOCIDO: ¿Tienen niños?

MIGUEL: Pues, precisamente...si supiera usted.

ANTONIA: (*Interrumpiéndolo*) Tenemos uno muy chiquitico.

DESCONOCIDO: Es maravilloso tener un niño...

ANTONIA: ¿Es usted casado?

DESCONOCIDO: ¡No! No soy casado. (*Como para sí*) ¿Cómo podría serlo?

MIGUEL: (*A Antonia en actitud de reconvención*) Dale el tetero, pues.

ANTONIA: Sí, a eso iré... (*Va adentro del cuarto*)

DESCONOCIDO: También me hubiera gustado ser casado. A veces hasta pienso en eso. Una mujer que me esperara con la sopa caliente. Poder usar los domingos ropa limpia y planchada; tener hijos e ir con ellos descubriendo el mundo. Lo sencillo del mundo... Aunque... todo es tan malo.

(*Se oyen truenos y ruidos lejanos*)

MIGUEL: No debe sentirse tan solo... ¿Acaso no tiene su violín? Usted ha dicho que es un amigo...

DESCONOCIDO: ¡Ah!, es cierto, mi violín... Sin embargo, si usted supiera... Pero, qué tonto soy. Me metí aquí a escampar y aquí estoy hablando hasta por los codos...

MIGUEL: Le hablaba de su violín, porque teniendo algo hay siempre dónde refugiarse. Por ejemplo, yo aquí junto a Antonia me siento tranquilo. Afuera ando siempre como intimidado. ¡Esta vida de ahora lo hace a uno irascible y temeroso!

DESCONOCIDO: ¡Es cierto! Pero cuando se es... como yo... ese temor se transforma en... no sé... Quizás en odio, en desprecio... por eso se vive... como un animal hosco...

MIGUEL: Debería casarse. No es usted tan viejo.

DESCONOCIDO: Ja, es algo tan remoto como pensar que podría irme ahora mismo a la luna. Yo estoy al margen de muchas cosas... por edad, por... Pero créame: cuando veo esas parejas que van por las calles unidas y amorosas, o contemplo a algún matrimonio yendo a alguna parte con sus hijos endomingados, siento algo así como una tristeza fina, desolada, tristeza que sólo conocemos los perros solitarios... porque eso soy.

MIGUEL: Cualquiera cree que usted ha leído, estudiado...

DESCONOCIDO: ¡Nunca! He vivido en la calle siempre, con el deseo de llegar a alguna parte, pero sin saber ciertamente adónde...

MIGUEL: También yo quise ser alguien, pero me acobardé y después... creo que me resigné... ¡Eso es! Miedo primero, resignación después.

DESCONOCIDO: ¡Resignación! ¿Por qué eso? Oiga, no enseñe a su hijo así...

MIGUEL: ¿A mi hijo? Ah, sí, al niño. Pero, ese niño... Si usted supiera...

DESCONOCIDO: ¿Qué? ¿Está enfermo?

MIGUEL: ¡No! No es eso... Le explicaré... Vivo lleno de temores y tener un hijo me acobardaba más... Me he acobardado siempre... ¿Cómo me haría entender mejor? Fíjese: temo criarlo, temo verlo recibir los maltratos de la vida, temo sus posibles sufrimientos. Es un miedo extraño ¿verdad?

DESCONOCIDO: ¡Caramba! ¡No diga eso! ¡Miedo a un hijo!

MIGUEL: ¡Así es!

DESCONOCIDO: Debo comprenderlo. El miedo está ahora en todas partes. ¡Miedo! ¡Miedo! Lo fabrican en grandes proporciones y lo riegan a diario sobre la gente. Se teme vivir, se teme al mañana... ¡Se teme andar! ¿Por qué?

MIGUEL: Eso mismo digo yo.

DESCONOCIDO: Debe haber un interés en eso... El miedo también encadena.

MIGUEL: Es cierto, uno vive como amarrado. ¡Con razón andan mal del espíritu!

DESCONOCIDO: Le repito, a su hijo hágalo fuerte, que luche... pero que luche sabiendo a dónde ir...

No como yo, soy un ejemplo malo. (*Sonríe*) ¡Ja! He luchado sólo por luchar... Por burlarme un poco de todo. Día a día he tenido que morder, que arañar para medio comer, únicamente para eso... ¿Y qué? ¿Qué soy? ¿Quiere que le diga lo que soy? ¡Un frustrado! Un viejo cargado de renunciadas y deseos... En cambio, si hubiera tenido una ruta... Por eso muchas veces he deseado tener un hijo para enseñarle a luchar por algo... y sobre todo a enseñarle a odiar la resignación...

MIGUEL: Aún es tiempo.

DESCONOCIDO: ¡No! Ese es otro deseo que no encontraré nunca. (*Toma en sus manos el violín*) Si este violín fuera mío se lo regalaba a su hijo, para que lo tocara algún día, después de haber luchado por algo que valiera la pena.

MIGUEL: No entiendo... ¿No es suyo, entonces, el violín?

DESCONOCIDO: ¡No! No es mío... Y, debo decírselo, yo tampoco soy lo que quizás usted se figura.

MIGUEL: ¿No es violinista acaso?

DESCONOCIDO: No, no soy sino un hombre errante, un pordiosero, una basura... y desde hace poco un ladrón. ¿Oye usted bien? ¡Un ladrón!

MIGUEL: No haga juegos así ¿Por qué dice eso?

DESCONOCIDO: ¡Créame, es verdad! Antes era un vagabundo que soñaba, pero desde hace pocas horas soy un ladrón. Ese violín no es mío. ¡Lo he robado!

MIGUEL: (*Haciéndole un gesto*) Hable más bajo.

DESCONOCIDO: En estos momentos su dueño debe andar buscándome. Quizás ya ha ido a la policía a denunciar la pérdida de su violín, de éste. Lo vi solo en su caja, fino, reluciente y no pude resistir la tentación de tenerlo, de acariciarlo... (*Acaricia el instrumento.*) Cuando razoné, lo tenía agarrado como si siempre hubiera sido mío. Luego anduve hacia cualquier parte. En una calle me siguieron unos perros... Luego llegó la lluvia... muchas callejuelas oscuras...

MIGUEL: Puede devolver el violín.

DESCONOCIDO: Quizás lo haga... Estuve tentado de hacerlo, pero la lluvia... (*Pausa*) Nunca he querido hacer daño... y... ya ha sido mío por momentos. No sabe usted cómo siento no saber tocarlo. Lo haría con pasión, con toda mi sangre, que a pesar de estas arrugas aún es joven... (*Pausa*) ¿Usted no ha visto el alba?

MIGUEL: Sí, a veces, cuando he madrugado para trabajar...

DESCONOCIDO: ¿Y no ha oído su música?

(Se oye un trueno fuerte y las luces se apagan y encienden)

MIGUEL: No, siempre la he visto, con la premura de llegar a alguna parte; con el estómago vacío, somnoliento.

DESCONOCIDO: *(Suspirando)* Todo en ella es música...

Y así quisiera yo tocar el violín... ¡Como un amanecer! Pero... ya ve... Si se pudiera elegir la vida. A muchos se nos fijan dos rutas: ser bestias de carga o alimañas ofensivas. De todos modos, y esto me lo digo cuando camino solo y pensando en cómo es el mundo, las cosas no pueden seguir eternamente así, los hombres mismos tendremos que cambiarlas... digo, los hombres que sufrimos... ¿no cree?

MIGUEL: Tal vez...

DESCONOCIDO: Ojalá su hijo.

(Vuelven a oírse truenos. Luego un gran ruido afuera y voces y gritos)

MIGUEL: Algo está ocurriendo abajo *(Abre la ventana y se asoma)*

DESCONOCIDO: *(Acercándose a Miguel)* Los gritos vienen del fondo de la quebrada.

(Se apagan y encienden las luces. Antonia sale alarmada)

ANTONIA: ¿Qué ocurre? ¿Por qué gritarán? (*Se acerca a la ventana, los gritos crecen por sobre el fragor de la lluvia y el rumor de las aguas crecidas*)

MIGUEL: (*En la ventana*) Ahí pasa alguien corriendo... casi no distingo, como que es Adela (*Llamando*) ¡Adela! ¡Adela!

ADELA: (*Desde afuera*) ¡Se derrumbó el puente y la quebrada crecida arrastra los ranchos... Hay varios tapiados; parece que algunos niños! ¡Voy hacia allá!

ANTONIA: ¡Ay! Y tanta gente que vive allá abajo...

DESCONOCIDO: ¡Y el agua sigue bajando a torrentes!

ANTONIA: Debemos ir allá... (*Va hacia la puerta*)

MIGUEL: ¿Cómo vas a salir tú? ¡Iré yo! ¡Búscame algo para cubrirme, y la linterna! (*Antonia va adentro y regresa con un saco viejo y una linterna que entrega a Miguel. Este toma su sombrero y se cubre con el saco dirigiéndose a la puerta*) No creo que ayude mucho, pero algo haré.

DESCONOCIDO: Yo lo acompaño, también podré ayudar.

MIGUEL: ¿No teme bajar? Con este diluvio la cuesta es peligrosa. Yo le temo, además... si lo ven...

DESCONOCIDO: ¡Hay niños allá! ¿No oyó? ¡Vamos! (*El Desconocido sale primero. Miguel lo sigue*)

ANTONIA: (*Desde la puerta*) ¡Bajen con cuidado!
¡Agarra bien la linterna, Miguel!

MIGUEL: (*Desde afuera*) El agua que baja se lleva
los escalones; habrá que bajar por otro lado.

ANTONIA: ¡Cuidado no vayas a irte por el farallón!
(*Los gritos abajo crecen y la luz se apaga*) Ay,
ahora sin luz. ¡Qué tempestad, Dios mío!

(*Antonia se orienta en la oscuridad y enciende
una lámpara de querosene. Cierra la puerta y
se dirige al cuarto. Cuando va a penetrar en
él se oye afuera otro ruido sordo y más gritos.
Antonia se detiene. En la puerta suenan golpes y
óyese la voz de Adela.*)

ADELA: ¡Antonia, Antonia, ábreme rápido!

ANTONIA: (*Abriendo la puerta*) ¡Adela! ¡Sigues
mojándote! ¿Por qué volviste a subir? ¿Qué
pasa?

(*Adela entra. Está mojada y se sacude*)

ADELA: Vine a avisarte. Hay alarma aquí arriba.
Parte del cerro está derrumbándose pedazo a
pedazo. Peligran las casas. Muchas gentes las
abandonan. Asómate y verás.

ANTONIA: (*Antonia se asoma fuera de la puerta y en-
tra enseguida*) ¡Es verdad! La alarma es general.
Y yo estoy sola aquí, Miguel bajó a auxiliar.

ADELA: Sí, yo lo vi por la cuesta. ¡Aquello es
un desastre! La quebrada arrasó con todo

cuanto encontró. Ranchos, postes, puentes. Hay ahogados y desaparecidos. Mucha gente auxilia...

ANTONIA: No sé qué hacer...

ADELA: ¡Es una desgracia grande! ¡Todo el cerro puede derrumbarse!

ANTONIA: ¡Es cierto! Pero, ¿cómo irme? Es capaz de caerse esta casa... ¡Y para colmo sin luz! ¡Si volviera pronto Miguel!

(Los gritos se reanudan. La lluvia vuelve a arreciar)

ADELA: La lluvia se hace más fuerte, regresaré a casa. Allá están recogiendo corotos... los que se puedan llevar... recoge tú algunos que yo volveré a ayudarte...

(Afuera se oyen voces llamando a Adela)

VOCES: ¡Adela! ¡Adela! ¿Por dónde andas?

ADELA: *(Adela se asoma a la ventana)* ¡Aquí estoy! ¿Qué ocurre?

VOCES: ¡Ven rápido! Se derrumbó otra casa y la corriente arrastró a muchos de los que auxiliaban!

ANTONIA: ¡Ay! ¡Para allá está Miguel. Tendré que bajar... Ah... *(Recordando)* Pero ¿y el niño? ¿Qué hago con el niño?

ADELA: ¿Cuál niño?

(Ahora se renuevan los ruidos y las voces confusas)

ANTONIA: ¡Un niño! Después te explicaré... No puedo dejarlo solo aquí. Esto puede caerse... y debo ir donde Miguel... Me ayudarás a llevarlo... *(Antonia entra a la habitación. Llega Miguel, está cubierto de lodo y mojado.)*

MIGUEL: ¡Antonia! ¡Antonia! *(Antonia al oír la voz de Miguel sale rápida)*

ANTONIA: Ay, Miguel, Miguel... ¿No te ocurrió nada? *(Antonia lo abraza y lo palpa)*

MIGUEL: No, a Dios gracias. Aquello es serio. A punto estuvo de arrastrarme la corriente. Se llevó a muchos...

ANTONIA: ¡Qué horror!

MIGUEL: El hombre que bajó conmigo...

ANTONIA: ¿Qué le ocurrió?

Miguel. Lo sumergió un tremendo golpe de agua. Ocupó mi sitio e intentaba darle la mano a una mujer cuando bajó un mundo de agua. En ese mismo instante me gritaba: salve su niño que todo va a derrumbarse. Vine rápido, después volveré a buscarlo...

ANTONIA: ¡Ay! ¡Pobrecito!

ADELA: ¿Quién era...?

MIGUEL: Pues... No le sé el nombre.

ANTONIA: ¡Era un gran violinista!

(Los gritos afuera crecen)

MIGUEL: Salgamos rápido... *(Mira hacia el techo)*
¡Éste se vendrá abajo! ¿Dónde está el niño?
¡Tráelo!

(Antonia entra a la habitación mientras Miguel y Adela reúnen algunos objetos y los cargan para llevarlos)

VOCES: ¡Adela! ¡Adela! ¡Adela!..

ADELA: Son los de la casa. *(Gritando hacia fuera)*
¡Voy... allá voy! *(Sale rápida)*

ANTONIA: *(Sale del cuarto con el niño muy cubierto en sus brazos)* Miguel, ¿qué haremos después con el niño? ¿Lo entregarás?

MIGUEL: ¡No! ¿Por qué voy a entregarlo? ¿No hemos deseado un hijo? ¿No he deseado tenerlo alguna vez a pesar de todo? ¡Será nuestro...!

(Antonia aprieta contra sí al niño. Afuera los ruidos crecen y muchas voces gritan)

VOCES: ¡Salgan! ¡Salgan!... Las casas se caen...

MIGUEL: Vamos... ¡Cúbrela bien!

ANTONIA: *(Al llegar a la puerta)* ¡Qué oscuro está todo...!

MIGUEL: Es cierto. Déjame llevar al niño. *(Miguel da los objetos a Antonia, toma al niño en sus brazos)*

ANTONIA: Qué noche lóbrega... Miguel... ¿No tienes miedo?

MIGUEL: ¿Miedo? No... Hay mucha oscuridad, es cierto... ¡Pero yo siento como si estuviera amaneciendo!

(Mientras cae lento el telón se oye a lo lejos un violín tocando una sonata)

FIN DE LA OBRA

*Este libro se terminó
de imprimir en los talleres litográficos
Instituto Municipal de Publicaciones
durante el mes febrero de 2015
500 ejemplares
Caracas-Venezuela*



**Alcaldía
de Caracas**

Jorge Rodríguez
Alcalde

Freddy Náñez
Presidente de Fundarte

Consejo Directivo
Gustavo Pereira
Alberto Rodríguez Carucci
Zuleiva Vivas
Nelson Guzmán
Carlos Tovar
Saúl Rivas Rivas
Xavier Sarabia

Secretaria General (E)
Yusbely Ramírez

Gerente de Publicaciones
Kelvin Malavé

Otros títulos

- 1.- *Lo que dejó la tempestad*
- 2.- *Oscéneba*
- 3.- *La fiesta de los moribundos*
- 4.- *La esquina del miedo / La sonata del alba*
- 5.- *Apacuana y Cuaricurián*
- 6.- *Un tal Ezequiel Zamora*
- 7.- *Los hombres de los cantos amargos*
- 8.- *Esa espiga sembrada en Carabobo*
- 9.- *Curayú o El Vencedor*
10. *Buenaventura chatarra*
- 11.- *Joaquina Sánchez*
- 12.- *María Rosario Nava / Manuelote*
- 13.- *¿Por qué canta el pueblo? / Harapos de esta noche*
- 14.- *Las mariposas de la oscuridad*
- 15.- *El vendaval amarillo*

¿Qué cosa es el miedo?, ¿quién lo produce?, ¿con qué fin? Estas no son sólo las interrogantes que recorren las páginas de las dos piezas teatrales aquí reunidas, sino las que signaron la literatura nacional durante la década del sesenta. Los escritores venezolanos, quienes después de 1936, se aferraron a la esperanza de la «nueva era de la democracia», no tardaron en reseñar en sus textos la mentira de un proyecto político que seguía valiéndose del terror, y de la mudez por éste provocada, como arma de dominación y alienación. Narradores, poetas y dramaturgos seguirían ensayando sobre un país extraviado en una oscura época.

Enfermo de orfandad y de carencia, César Rengifo haría lo propio. Opta por su escritura comprometida para dar cuenta de un país en el que en la otrora Venezuela, socorrer al otro no era gesto de solidaridad, sino causa de cárcel o tortura, o donde la palabra Gobierno debía pronunciarse con cautela, para no verse enredado en asuntos ajenos. Y así se vivía: temiendo andar. «El miedo está en todas partes» —dice uno de sus personajes— «Lo fabrican en proporciones y lo riegan a diario sobre la gente... Debe haber un interés en eso... El miedo encadena».

ISBN: 978-980-253-450-0



Alcaldía
de Caracas



Gobierno
del
CAPITAL



Gobierno
Bolivariano
de Venezuela

